

triste, ya festivo; de donde supersticiosamente cogían, ya el buen ó mal estado que sus conciencias al presente tenían, ya los accidentes prósperos ó adversos que los esperaban. Persuádome á que la alegría y la tristeza se pintaban en su fantasía, y no en el semblante de la estatua. Ni creo que tuviese más realidad que ésta, lo que dice Plinio, de la Diana de Chio, cuyo rostro veían triste los que entraban en el templo, y alegres los que salían.

En esto de imágenes hay tanto que decir, que se podría llenar un discurso separado. No negaré yo que Dios tal vez con las varias representaciones ó accidentes de las imágenes sagradas quiera significar alguna

cosa á sus escogidos; pero por lo comun son aprehensiones de hombres ó mujeres ilusas. Aquí era lugar de tratar de las raras apariciones de la imagen de nuestra Señora de la Barca, en el cabo de Finisterre, que corrieron en estos años por toda España, y en que los testigos de vista están algo encontrados. Lo que yo puedo decir es, que algunos de los más reflexivos no hallaron cosa sobrenatural en ellas, y á mi parecer probaban su dictámen con evidencia. Por otra parte, algunas circunstancias que se referían de estas apariciones eran ridículas, y el no haberse visto jamás semejante portento en la Iglesia católica es bastante por lo ménos para suspender el asenso.

PIEDRA FILOSOFAL.

§ I.

La sagrada hambre del oro se fingió la invención de dos artes: una para fabricar este precioso metal, otra para buscarle. La primera tiene por blanco la transmutación de los demás metales en oro, que con voz griega se llama *chrysopæia*; la segunda consiste en el uso de la que llaman *vara divinatoria*. Tratarémos en este discurso de la primera; de la segunda ya hemos dado noticia en otro discurso anterior (*).

Es la *chrysopæia*, en el sentir comun de los hombres de juicio, un empeño antiguo, pero vano, de la codicia; un apacible embeleso, que empieza sueño y prosigue manía; un entretenido modo de reducirse á pobres los que aspiran á opulentos, porque en las experiencias se consume el oro poseído, y no se logra el esperado. Los más de los filósofos tienen este arte por absolutamente imposible; por el contrario, los alquimistas le aseguran existente. Pienso que unos y otros se engañan; yo, siguiendo el camino medio, asiento á su posibilidad contra los filósofos, y niego su existencia contra los alquimistas.

El autor que debajo del nombre de Teofilo tradujo é ilustró con adiciones el tratado de alquimia de Æirenao Filaleta, filósofo muy bien sobre la posibilidad del oro artificial, explica oportunamente cómo el arte puede hacer las obras de la naturaleza; lo cual consiste en que usa de los sugetos y agentes naturales de modo, que la naturaleza pone la actividad, y sólo corren por cuenta del arte la dirección y aplicación. Prueba sólidamente que en la vulgar filosofía es inegable la posibilidad del oro por arte; porque siendo, según la escuela peripatética, la materia indiferente para todas las formas, si el artífice encuentra con el agente proporcionado para introducir en ella la forma de oro, aplicándole debidamente, logrará sin duda la producción ó educación de dicha forma. Supone los principios químicos, y los aplica muy racional y metódicamente á su intento. En fin, con la famosa experiencia de la transmu-

(*) Página 108 de este tomo. (V. F.)

tación del hierro en cobre por medio de la piedra lípis, ó vitriolo azul, comprueba especiosamente la posibilidad de la transmutación metálica.

Donde noto, que el argumento tomado de la indiferencia de la materia para todas las formas, aunque puesto por el autor sólo en los términos de la filosofía aristotélica, tiene aún más sensible fuerza en los de la cartesiana; porque, como en el sistema de Descartes la variedad de los mixtos consiste sólo en la varia textura y configuración de sus partes, tiene, según este sistema, ménos que hacer el artífice para la producción de cualquiera mixto, pues no ha menester educir de la materia aquel nuevo ente que llaman los aristotélicos *forma substancial*, si sólo variar la textura y figura de las partes, lo cual igualmente, y aún con más propiedad, es de la jurisdicción del arte que de la naturaleza; por lo cual dicen algunos, y dicen bien, que la composición de los mixtos naturales, como la pone Descartes, más es artificial que natural. A lo ménos es cierto, que la forma de los compuestos artificiales no consiste sino en la textura y configuración de las partes que los componen.

Noto también, que aquel argumento no es adaptable al sistema de los atomistas, los cuales no admiten materia indiferente para toda forma, porque siendo invariable en su sentencia la figura y movimiento de los átomos, no cualesquiera átomos pueden componer cualesquiera mixtos. Así la naturaleza, no pudiendo alterar en alguna manera aquellas últimas partículas indivisibles de la materia que ponen estos filósofos, está precisada, para la formación de tal mixto en particular, á usar de tales átomos, que son sus elementos. No pudiendo, pues, la naturaleza hacer cualquiera mixto de cualquiera materia, con mayor razón no podrá el arte, la cual, en todo lo que es producción, nada logra sin el ministerio de la naturaleza.

§ II.

Por esta razón, para probar la posibilidad del oro artificial con argumento comun á todo sistema filosófico,

es preciso formarle, no sobre la materia primera ó remota del oro, sino sobre la próxima. Es cierto que en la formación de los mixtos de todos tres reinos, animal, vegetal y mineral, la naturaleza no usa inmediatamente de la materia desnuda de toda forma, ni tampoco de ella colocada debajo de cualquiera forma indiferentemente, si de la materia colocada debajo de alguna forma determinada, la cual se ha como prelude ó preliminar de la forma del mixto que se intenta. Así, el animal se forma de la materia colocada debajo de la forma de embrión, la planta de la materia colocada debajo de la forma de semilla. La materia próxima de los minerales no incurre á nuestros sentidos de manera, que podamos tener certeza de cuál es; pero no hay duda que á proporción tienen también su materia seminal; y en cuanto á los metales, muchos filósofos juzgan que se procrean de verdadera semilla y son rigurosos vegetales, por lo cual no recelan darles el nombre de plantas subterráneas. En nuestras *Paradojas físicas*, contenidas en el segundo tomo, hemos tocado esta materia, y allí se puede ver.

Pero, sean ó no vegetales los metales, no se puede negar que inmediatamente á su generación precede la materia debajo de alguna determinada forma, con la cual hace una masa, que viene á ser como semilla, prelude ó rudimento del compuesto metálico que intenta la naturaleza. Sea esta masa compuesta de vapor y exhalación, como quiere Aristóteles, ú de azufre y azogue, como pretenden los químicos, ú de ácido, álcali y azufre, como sienten muchos modernos, ú de agua y tierra, como juzgan otros, en cualquiera sentencia se verifica nuestro asunto.

Asimismo es cierto que hay algun agente determinado, el cual, obrando sobre esta materia próxima, la reduce al ser de metal. Sobre estos supuestos innegables se forma nuestro argumento de este modo: puede el arte aplicar aquel agente, sea el que se fuere, que tiene actividad para formar el oro, á aquella materia próxima de que se forma el oro; luego puede el arte hacer oro. La consecuencia es evidente y el antecedente innegable; porque suponiendo que hay en la naturaleza aquel agente y aquel paso, y que son aplicables uno á otro, ¿qué repugnancia se puede señalar para que la diligencia del hombre los conozca y aplique?

§ III.

Hasta aquí voy con los alquimistas; pero no paso de aquí; porque dejando el asunto en esta generalidad, me parece se prueba eficazmente la posibilidad del oro artificial; mas pasando á la materia y agente que los alquimistas señalan para lograrle, apenas encuentro supuesto ó proposición que no me parezca falsa, ó por lo ménos dudosa. Propondré aquí en compendio la doctrina de aquellos pocos que han escrito de modo que pudiesen ser entendidos, como Bernardo Trevisano, Teobaldo Hoghelande, el traductor de Filaleta y otros pocos; porque á los demás que de intento hablaron en algarabía, ¿quién los podrá impugnar, si nadie los puede entender?

Dicen, pues, lo primero, que todos los metales cons-

tan de unos mismos principios específicos, conviene á saber: el azufre y mercurio ó azogue; que es lo mismo que decir, que es una misma, con unidad específica, la materia próxima de todos los metales. Dicen, lo segundo, que los metales sólo difieren unos de otros según su mayor ó menor perfección accidental, la cual depende de la mayor ó menor depuración, decocción, exaltación ó fijación del mercurio y azufre de que constan. Consiguientemente dicen, lo tercero, que cualquiera metal se puede transmutar en oro, reduciéndose del ser imperfecto al perfecto, y adelantando con el arte los grados de depuración, exaltación ó fijación del mercurio y el azufre. Dicen, lo cuarto, que para esto se han de buscar por agentes el azufre y azogue filosóficos, de los cuales, á aquél llaman agente masculino, y á éste femenino; y en uno y otro mezclados reside la virtud seminal adecuada productiva del oro. Dicen, lo quinto, que este azufre y azogue filosóficos se han de buscar en el mismo oro por la disolución de este metal en sus principios. Dicen, lo sexto, que el azufre y azogue en que se disuelve el oro, aún no son filosóficos en este natural estado, esto es, aún no tienen la actividad transmutativa, si que es menester exaltarlos á mucho mayor perfección por el arte, y exaltados de este modo, tienen la virtud de teñir y penetrar íntimamente todos los demás metales, dándoles al azufre y azogue de que constan; aquel grado más perfecto de fijación, con el cual componen el oro. Esta mezcla de azufre y azogue exaltados, en que reside la virtud transmutativa, es lo que llaman elixir, tintura del oro, y con voz más vulgarizada, piedra filosofal, aunque no está, á lo que ellos dicen, en forma de piedra, sino de polvos.

Esto es, puesto en compendio y con la mayor claridad posible, todo lo que se halla inteligible en los escritos de los alquimistas. Lo demás todo es sombras y alegorías, frases enigmáticas y contradicciones de unos á otros. Aun en algunas cosas de las que hemos propuesto se halla alguna dificultad para entenderlos, de modo que leyendo en diferentes autores, se hace diferente concepto. Pongo por ejemplo: unos no señalan por materia de la piedra filosofal sino el azufre del oro, otros el azufre y el mercurio, y otros el mercurio sólo. Pero parece se pueden conciliar con la explicación que da Bernardo Trevisano (autor de especial autoridad entre los profesores de la *chrysopæia*) diciendo, que el azufre y mercurio filosóficos no son dos substancias que estén jamás separadas, sino contenida é implicada la una en la otra, conviene á saber, el azufre en el mercurio: *Ex his manifestè patet* (son palabras del Trevisano) *sulphur non esse quid per se seorsim extra substantiam mercurii*. Y poco más abajo, citando á Geber: *In profundo naturæ mercurii est sulphur*.

He dicho, y vuelvo á decir, que no hay en toda esta serie de doctrina cosa alguna que no sea falsa ó dudosa. Lo primero supone los principios químicos, cuya existencia es tan incierta, que nada más. El que todos los mixtos se componen de sal, azufre y mercurio, que llaman principios activos, y de agua y tierra, que llaman pasivos, no lo prueban los sectarios del sistema químico, sino de que en la resolución de los mixtos que se hace mediante el fuego, se ven separarse estas cinco subs-

tancias; pero esta prueba es muy defectuosa, pues no se sabe si el fuego las separa ó las produce. Por lo cual, como advierte el gran químico Boile, la experiencia alegada, más apta es para inferir que el sal, azufre y mercurio se hacen de los mixtos, que para inferir que los mixtos se hacen de sal, azufre y mercurio. Y si se nota la grande actividad que tiene el fuego para inducir nueva textura áun en las partes insensibles de los cuerpos que resuelve, se hallará sumamente verisímil que de su accion resulten nuevas substancias que no existían en el cuerpo disuelto; de hecho, por la accion del fuego vemos formarse de tierra y ceniza, y áun de tierra sola, si la accion del fuego es muy violenta, aquella substancia transparente que llamamos vidrio. ¿Quién por esto creará que la tierra se forma de vidrio? Más: aquellos cinco principios se extraen de algunos mixtos determinados, no de todos, como confiesa Boile, y con él otros químicos veraces; y de algunos, además de los cinco principios, se extraen otras substancias diferentes de todos ellos. Pone ejemplo el mismo Boile en el zumo de las uvas, el cual con varias operaciones se resuelve en muchas substancias de diferente textura y virtud, de las cuales, algunas no tienen afinidad alguna con los principios químicos. Más: la separacion, que como más peculiar y sensible se puede atribuir al fuego, es aquella con que se divide lo fijo de lo volátil, disipándose esto en humo y quedando aquello en ceniza. Con todo, áun esta separacion es engañosa; pues del humo condensado en hollin se sacan, por nueva resolucion, sal y tierra, que son hijos. Quien quisiere ver mucho más sobre la falencia de los experimentos químicos, lea al citado Boile en el tratado que intituló *Chymista scepticus*; que á mí me basta la autoridad de este grande hombre, á quien confiesan los sabios de todas las naciones, que en cuanto á la física experimental, de nadie fué excedido en conocimiento, exactitud y veracidad.

Lo segundo, noto, que los alquimistas, por lo ménos los que yo he visto, alteran substancialmente el sistema químico, pues en la composicion de los metales sólo introducen el azufre y el mercurio, sin hacer memoria de la sal, la cual los químicos ponen como elemento tan preciso de todos los mixtos, sin reservar alguno, como el azufre y mercurio. Donde es muy de notar, que siendo el sal, segun la doctrina química, quien da peso y firmeza á los cuerpos, con más razon debe entrar en la composicion de los metales, y especialmente del oro, por ser el mixto más pesado y de más firme textura que se conoce.

Lo tercero, demos que los metales consten de los dos principios señalados, azufre y mercurio. Pregunto: ¿cada uno de estos dos principios es homogéneo, ó específicamente uno en todos los metales? Esto es lo que no se podrá afirmar con alguna verisimilitud. Vemos que el sal, azufre y mercurio, ó por mejor decir, el sal, aceite y espíritu que por destilacion se extraen de las plantas, son tan diferentes entre sí como las plantas mismas, y así tienen muy diferentes propiedades, virtudes y usos en la medicina; luego lo mismo sucederá en los metales, los cuales no tienen menor disimilitud entre sí que las plantas, y áun la tienen mayor que algunas plantas,

cuyos principios se hallan ser muy diferentes. Siendo, pues, distintos el mercurio y azufre en distintos metales, nunca del azufre y mercurio del hierro, verbi gracia, se podrá hacer oro, así como ni del azufre, sal, mercurio, tierra y agua de una planta se puede hacer otra planta específicamente distinta.

Sé lo que, en consecuencia de su doctrina, responderán á esto los alquimistas. Dirán que cada planta es un mixto perfecto de por sí, primariamente intentado por la naturaleza, como los demas contenidos debajo del mismo género; pero no así los metales, en quienes la naturaleza siempre intenta la produccion del oro, y los demas metales se comparan á él, como lo imperfecto á lo perfecto dentro de la misma especie; por eso entran en ellos los mismos principios que componen ó están destinados á componer el oro; pero muchas veces no arriba la naturaleza á la perfeccion de la obra, ó por las impurezas de la matriz, ó porque los principios no están combinados en la proporcion de cantidad debida á cada uno, ó por otro estorbo.

Pero todo esto se dice voluntariamente y fuera de toda probabilidad. Si el intento de la naturaleza fuese sólo formar el oro, y la distincion de los metales á él fuese la que hay de lo imperfecto á lo perfecto dentro de la misma especie, en las mismas mineras del oro la misma vena, que últimamente, en fuerza de mayor decocion ó depuracion, viene á ser de oro, se vería áun en el estado de plomo, estaño, hierro, cobre y plata; así como porque la naturaleza intenta el árbol en su debida magnitud, se ve áun ir gradualmente pasando por menores dimensiones, y porque intenta el fruto maduro y sazonado, se ve áun en diferentes grados de verde y desabrido. Y esta paridad se hallará ser muy ajustada, si se hace reflexion á que los alquimistas llaman maduración aquella última perfeccion que los principios metálicos logran en el oro. No hallándose, pues, esto en la experiencia, es claro que los demas metales son mixtos perfectos, adecuadamente distintos del oro é intentados, como él, primariamente por la naturaleza.

No obsta á lo dicho el que en todas ó casi todas las mineras del mundo se halla el oro mezclado con plata, cobre ú otro metal, pues esto depende de no hallarse pura en los senos de la tierra la materia de que se hace el oro, sino mezclada con la de otros metales. Antes, si todos los metales fueran convertibles en oro, muchas veces se hallara el oro puro en la mina, conviene á saber, en aquel tiempo en que los otros metales llegasen á la perfecta maduración. Asimismo se halla algunas veces mezclado el oro con tierra, sin que por eso pretendan los alquimistas que la tierra se convierta en oro. No ignoro que el caballero Borri le dijo á monsieur Monconis, que habia visto en una mina de plata convertirse este metal todo en oro de un dia para otro, por un vapor copioso que habia subido de la tierra. Cuéntalo monsieur Monconis en su *Viaje del Paris bajo*. Pero el Borri no merecia mucha fe, y mucho ménos en esta materia, pues andaba á persuadir á todo el mundo la posibilidad de la piedra filosofal, y que él estaba sobre el punto de lograrla.

Lo cuarto, admitiendo que del oro se pueda extraer su tintura propria, llámese mercurio ó azufre, ó uno y

otro, es falso que en ella resida la virtud seminal y activa del oro. Lo cual pruebo así: ni el mercurio, ni el azufre del oro, ni uno y otro juntos son el agente mediante el cual la naturaleza hace el oro; luego no reside en ellos la virtud activa del oro. La consecuencia es clara; porque, como confiesan los mismos alquimistas, el arte ni tiene actividad, ni puede producir agente alguno, si sólo aplicar aquel mismo de que usa la naturaleza. Pruebo el antecedente. La naturaleza, para la produccion del oro, no usa del azufre y mercurio, ni ántes de lograr aquella perfecta depuracion ó maduración que tienen cuando componen este metal, ni ántes de lograrla. No lo primero; porque los principios metálicos, en el estado de imperfeccion, no pueden producir la mayor perfeccion metálica, cual es la del oro. No lo segundo; porque cuando llegan á su perfecta depuracion el azufre y mercurio, ya está formado el oro, no siendo otra cosa el oro, segun los alquimistas, que el mixto compuesto del azufre y mercurio depurados.

§ IV.

Dos argumentos fuertes nos oponen por su sentencia los alquimistas. El primero es la experiencia alegada por el traductor de Filaleta, del hierro convertido en cobre por medio de la piedra lípis, la cual prueba que un metal puede convertirse en otro más perfecto.

Respondo, lo primero, que no nos consta si lo que resulta de la operacion en dicha experiencia es verdadero cobre, ó solamente el hierro depurado de algunas partes más groseras, con lo cual adquiere aquella semejanza de cobre. Respondo, lo segundo, que de que el plomo, estaño y hierro puedan convertirse en cobre, no se infiere necesariamente que cualquiera metal pueda convertirse en oro; porque acaso aquellos metales constan de los mismos principios que el cobre, ó son un mismo metal en la substancia, sin otra distincion que la que les dan la mezcla de otras substancias heterogéneas; y de aquí no se puede deducir que el oro sea uno mismo con los demas metales, ó conste de los mismos principios que ellos. Confieso, no obstante, que si en las experiencias que propone el traductor de Filaleta en orden á la transmutacion del hierro, estaño y plomo en cobre no hay alguna falencia, su argumento no deja de hacer armonía.

§ V.

El segundo argumento, que es el Aquiles de todos los alquimistas, se funda en las historias que hay de varios profesores de la chrysopæia, los cuales transmutaron otros metales en oro. Los más famosos, y de quienes hay alguna verosimilitud que hayan alcanzado este gran secreto, son Raimundo Lulio, Arnaldo de Villanova, Teofrasto Paracelso, Bernardo Trevisano, un boticario, llamado Antonio, de la misma ciudad de Treviso, y en fin, Nicolas Flamel (1).

(1) En este siglo pareció otro personajé, que hizo creer á muchos tenía el secreto de la piedra filosofal. Este fué el general Pikel, natural de la Livonia, que, militando por el rey Augusto de Polonia, contra su soberano el rey de Suecia, fué hecho prisionero en la batalla de Cracovia, el año de 1703, y el de 1707 conde-

Respondo, que todas estas relaciones no hacen fuerza, porque ninguno de los autores de ellas fué testigo de vista. Todos escribieron sobre el flaco fundamento de rumores populares, que suelen levantarse de ligerísimos motivos; y en esta materia, más que en otras, están sujetos al error, por los agudos estratagemas y engañosas apariencias de que suelen valerse los alquimistas para persuadir que tienen el secreto de la piedra filosofal.

Fuera de que, discurriendo por las historias mismas que nos alegan, hallaríamos circunstancias para no prestarles asenso. De Raimundo Lulio se dice que en el alcázar de Londres, en presencia y de orden del rey de Inglaterra, fabricó oro de excelente calidad, y que de aquel oro se formó un género de moneda que llamaron *el noble de Raimundo*. Pero ¿quién lo asegura esto? Roberto Constantino, médico de Caen, en Normandía, que vivió dos siglos despues de Raimundo Lulio. A este citan todos los que refieren aquella historia. Pregunto si en un hecho de esta naturaleza debemos creer á un autor frances tan posterior á él, no obstante el silencio de todos los autores ingleses anteriores. Es verdad que Raimundo Lulio escribió de este arte, y aseguró que le sabia (si todavía es suyo el escrito sobre el asunto que tiene su nombre, y de que yo vi algunos fragmentos). Pero esto nada prueba, entre tanto que no consta que alguno, por aquellas instrucciones, aprende á hacer oro; lo cual no sucederá jamas.

De Arnaldo de Villanova refieren algunos juriscónsultos, citados por Beyerlink, en el *Teatro de la vida humana*, y por el padre Delrio, en las *Disquisiciones mágicas*, que por el arte alquímico hizo algunas varillas de oro, las cuales públicamente ofreció en Roma á todo exámen. Pero ¿cómo es creible que siendo tan público el hecho, el sumo pontífice que reinaba entónces no se aprovechase, siéndole tan fácil, de la habilidad de

nado á muerte por el crimen de rebelion; el cual, despues que vió inútiles las súplicas de muchos que pidieron su vida al rey de Suecia, apeló al recurso de manifestar que poseia la piedra filosofal, ofreciendo que no sólo emplearía todo lo que le restaba de vida en trabajar por el tesoro real, mas le descubriría al Rey el secreto. Dicen que para prueba evidente de su verdad, le dijo al coronel Amilton que comprase tales y tales drogas y las preparase de tal y tal manera, lo cual ejecutado, le entregó ciertos polvos, para que los arrojase en la materia preparada. Hizolo Amilton, y en efecto, dicen resultó una cantidad de materia metálica, que, examinada en la casa de moneda, se halló ser verdadero oro. Añaden, para confirmacion, el mucho dinero que expendió á fin de salvar la vida, computando que llegó á la suma de doscientos mil escudos. Pero á mí me hace mucho mayor fuerza en contrario el que no pudo salvarla. ¿Qué cosa más fácil á quien podía fabricar cuanto oro quisiese, que corromper los guardas? Si no bastasen doscientos mil escudos, bastarian dos ó tres millones. En dos años que estuvo preso tuvo lugar para hacer el oro que era menester, no sólo para enriquecer á todos los guardas, mas áun para conquistar el mundo. Añádese el desprecio que hizo el rey de Suecia de la propuesta; que aunque se quiera atribuir á un desinterés heroico, significado en aquella generosa respuesta de que «lo que no habia hecho por la intercesion de sus amigos, no lo haria por todo el oro del mundo»; ó colocarse entre los caprichos singulares de aquel príncipe, es mucho más creible que el ardiente deseo de destruir á su enemigo el Czar le indujese á abrazar un medio tan fácil de lograr su intento, cual era tener un tesoro inagotable en el ofrecido secreto. Así, se debe juzgar, ó que no hubo tal oferta, ó que la tuvo por falsa. A la experiencia del coronel Amilton es fácil decir que es cuentecillo fabricado de intento, como otros muchos que hay en esta materia.